

## Obsesividad, obsesionalidad

Ricardo Rodulfo<sup>1</sup>

Quisiera perseguir una idea, la de una conexión umbilicada, como en moebius, por la cual algo de lo autista desemboca en ciertas modalidades de la antigua neurosis obsesiva o del actual trastorno obsesivo-compulsivo, alcanzando el territorio de lo que Winnicott esbozó como *mentalización*.

Por supuesto esto no se podría hacer así como así, sin Frances Tustin –la interlocutora ineludible de todo lo que se escriba sobre autismo- y su conceptualización de *barreras autistas*, que extendió o desbordó las fronteras del cuadro psicopatológico tradicional. Este movimiento resultó útil sobre todo cuando sobrevino un intento de biologizar radicalmente al autista: en la medida en que la clínica daba cuenta de la pertinencia de aquella intuición de prácticas autistas en pacientes no autistas aminoraba el golpe organicista encabezado entre nosotros por neurólogos de la talla de Natalio Fejerman y otros. Tustin nos permitía vislumbrar, en pacientes adultos, por ejemplo, etiquetados de estructura obsesiva por los rígidos códigos estructuralistas derivados de Lacan, una zona otra donde se podía apreciar cierta mecanización inanimada donde lo más vivo de la subjetividad de sí y del otro se congelaba. Y ya no era posible reducir el asunto a la fragilidad de un cromosoma toda vez que no era posible hablar de un autismo *stricto sensu*.

Como suele pasar, ciertos pacientes míos o supervisados por mí me indujeron a interesarme en esa desertificación ambigua donde el modelo clásico de las *formaciones del inconsciente* parecía no alcanzar para *tocar* el cuerpo del paciente.<sup>2</sup> En el fondo, las formaciones del inconsciente son tributarias del sentido, aunque este sentido quede mediado por la cadena significativa y ya no invoquemos significados fijos y autónomos. El significativo da un rodeo, difiere el significado, pero a la larga reconduce a su campo y a su vigencia. Y entonces reencontramos a esa idea obsesiva alzándose contra el padre o

<sup>1</sup> secretaria\_rodulfo@arnet.com.ar

<sup>2</sup> En el plano de lo que Winnicott llama “memoria corporal” y Piera Aulagnier “pictograma”. En mi libro *Dibujos fuera del papel*, Paidós, 1999 desarrollé un modelo clínico desde la caricia hasta el trazo pasando por el rasgo intentando dar cuenta de lo corporal sin alternativas biologistas o logocéntricas.

contra Dios. Qué es cosa distinta de ¿defenderse? de la subjetividad en tanto tal, del otro que soy. Dudando de si estamos en presencia de una defensa radical, de un trastorno o atrofia o detención radical del desarrollo o, hipótesis más audaz, de otra manera o *actitud* subjetiva, diferente de la más conocida y normal, que recorta la existencia con criterios y cualidades bien heterogéneas a las nuestras.

Lo cierto es que merece la pena que nos detengamos en esos procedimientos estereotipados a ultranza del niño autista, estereotipados al extremo de que la misma figura del estereotipo parece quedar corta para hacer justicia a semejante fijeza de la iterabilidad, y que dan la impresión de una robótica implantada en ese pequeño cuerpo humano. Extrema figura del orden, prácticas que deben estar en la base de toda capacidad para el ritual, girando incesantemente sobre sí mismas. Quisiéramos apresar el puro rasgo o el puro trazo de ese movimiento igual a sí mismo -por más que no consiga anular la diferencia que va de la primera vez a la *n* vez-, como si fuera sinónimo del mayor orden posible. Parecería que para repetir necesitamos todos algo de eso, lo que hace de ese orden una variante de lo humano, aunque sea caricatura de él. A partir de aquí se pueden ir inventariando los matices de las diferencias; por ejemplo, el chico que exige el relato del cuento siempre igual, si somos capaces de penetrar en la situación, advertiremos que lo hace para saborear la diferencia de cada hebra del relato, así como para saborear el hecho de que ahora es capaz de disfrutar de un relato y su secuencia, por lo que en un primer tiempo le interesará particularmente *fijar* el hecho de esa secuencia como tal, que ya no es lo que Julio Moreno llamaría *conectivo* pues ha pasado a ser capturada por una lógica narrativa.<sup>3</sup> Análogamente, el bebé o el deambulador que canturrea repetirá ritmos y entonaciones de manera bien insistente, pero llevado por un deseo de comunicarse que lo mantiene abierto a los otros, abierto por demás. La secuencia estereotipada en cambio se vuelve contra el hecho mismo de la secuencialidad, instaurando una circularidad fija e inmóvil. Lo que parece podría parecer afición o pasión por el orden en este personaje, cuando lo miramos de más cerca es distinto, claramente, de la preocupación por el orden y se respira en los comportamientos una práctica "obsesiva" común y corriente. Por ejemplo, una niña con este tipo de modalidad se esmera en ordenar antes de irse de sesión cuanto pudo desparramar en el consultorio, en tanto un autista jamás se preocuparía por eso, pues solo tendrá en cuenta su propio y restringido universo de objetos a acomodar. Lo demás no existe.

Tustin apuntó contra esa costumbre demasiado acostumbrada de los analistas a poner toda atención al orden, toda prolijidad un poco acentuada, bajo el signo de lo

---

<sup>3</sup>- Julio Moreno, *Ser humano*, Libros Del Zorzal, Bs. As. 2002

“obsesivo”, confundiendo bastante las cosas, incluso la normal predisposición del llamado proceso secundario a medirse con la realidad cotidiana organizándola, lo cual es una adquisición del desarrollo. Pero, recogiendo otra idea de Winnicott, no es lo mismo cierto trabajo un poco compulsivo por dominar lo *vivo* que situarse por entero en el registro de la *no vida*.<sup>4</sup> Lo que conocemos vulgarmente por “obsesivo” tiene que ver sin duda con lo primero, largas pugnas por sojuzgar la singularidad o la diferencia del otro presionando para que acepte encuadrarse en formatos simétricos y prolijos, desprovistos de sorpresa o de irrupción de lo improvisado. Esa no es la causa del autista o de quien presenta formaciones de esta clase, pues se sitúa en un plano del que la vida se ha retirado.... o nunca estuvo allí.

Con la salvedad de que la clínica de lo obsesivo no tomó en cuenta un rasgo necesario para desarrollar formaciones que respondan a este patrón: me refiero a cierta capacidad o propensión a aislarse –y ya no pienso en el mecanismo aislado por Freud con este nombre-, para separarse o disociarse de sentimientos y emociones “humanas” en beneficio de funcionamientos automáticos o automatizados, como da testimonio la práctica acendrada de la burocracia, cultivando una insensibilidad indispensable también sentida como protectora. Así recordaba un paciente con tales características un procedimiento ritual que curtía en su niñez cada vez que entre los padres estallaban discusiones cuya violencia lo angustiaba, y que era enfrascarse en contar una y otra vez las rayas del mantel sobre la mesa, un procedimiento que resultaba bastante eficaz y que reiteraba al punto de convertirse un poco él en ese ejercicio mecánico y afectivamente neutro. No todos pueden hacer eso, no todos pueden aislarse o retirarse de ese modo. No daba el paciente para exagerar invocando barreras autistas pero sí daba para reconocer en él la punta de una capacidad-facilidad-propensión al aislamiento que por otro lado le serviría para fines más valiosos y creativos. Pero hay quienes nunca podrían hacer eso solos, pues la soledad en cualquier escala les es imposible o demasiado penosa. Para recurrir a esa clase de pequeños pero significativos rituales, un sujeto debe poseer cierta vocación o inclinación o disposición para insensibilizarse concentrándose en una secuencia inanimada y circular. He aquí el pasadizo que puede comunicar las clásicas neurosis obsesivas con el llamado espectro autista.

La música y las relaciones que con ella entablamos nos ayudan, creo, a pensar esto más a fondo (sobre todo teniendo en consideración el fondo de *juego musical* que

---

<sup>4</sup>- He procurado desplegar más extensamente estas ideas de Winnicott en el capítulo de mi firma del libro *Adolescencia: trayectorias turbulentas*, Paidós, 2006, compilado por Cristina Hornstein. Allí hago el pasaje consistente en hablar de *existencia* allí donde Winnicott escribe *vida*, modificación justificada en el hecho evidente de que Winnicott está refiriéndose a un plano que rebasa en mucho el mero estado de vida biológica.

conforma toda una "capa" de nuestro psiquismo, en ese plano donde no encontramos palabras propiamente dichas sino ritmos, acentos, intensidades, espaciamentos, intervalos de silencio, velocidades, secuencias más extendidas o más breves, vivencias en *simultaneidad*, contrapuntos afectivos). Por una parte su escritura intensifica al máximo, en numerosos pasajes de los más diversos géneros y clases, la repetición obsesionante como medio de impactar lo corporal o directamente de constituirlo a través de esos impactos de macizos sonoros. Esto suele conllevar un cenit de pasión al extremo. En el rock y en compositores como Beethoven es habitual encontrar esta pasión. Por otra parte también encontramos, fácilmente, que alguien pueda recortar un trozo de estas volcánicas iteraciones y reducirlo a un ritmo *pelado*, esquelético, elemental, desprovisto prácticamente de cualidades emocionales precisas, repetición por repetición por repetición sin otra razón de ser que la reiteración misma procurando limitar al máximo el potencial de *variación* que normalmente acompaña como uno de sus elementos integrales e integrados a la repetición más ordinaria y menos compulsiva. Apoyándonos en esto, podríamos distinguir la práctica *caliente*, *caldeada*, de una repetición que obsesiona de otra inerte y desvitalizada, como no sea en el vigor mecánico de su ejecución: llamaría obsesionalidad a la primera y obsesividad a la segunda, con el fin de introducir una distinción terminológica que ayude a una discriminación clínica conceptual. La primera la encontraré involucrada regularmente en un conflicto pasional, como en el caso del paciente de Freud que pone o quita la piedra al compás de la ambivalencia hacia la mujer amada, mientras que en el segundo caso el estereotipo prima sin un argumento semejante, sin narración que no sea la negación radical de toda narración. El estado de *no existencia* girando en el vacío. Como de costumbre, numerosas situaciones nos colocarán ante lo indecible o ante lo muy difícil de establecer, lo cual no pensamos le reste utilidad a la distinción que proponemos.

La terminología es convencional y podría haber sido la inversa sin mella en la alternativa que manejamos como válida.

Es de muy relevante interés el que, cuando se consigue quebrar la homogeneidad de una caparazón autista el paciente empieza a inventar, creando una narración animada que se articula y da por primera vez significado a una serie de movimientos estereotipados, convirtiendo así en secuencia una no-secuencia. Procediendo de esta manera un niño, después de seis años de análisis intensivo, generó el grupo de "las catástrofes", haciendo de sus giros y otras acciones ritualizadas y vacías huracanes, terremotos, oleadas gigantescas, lluvias violentas.

Un enfoque una mirada clásica leería esto como la "expresión" por fin sacada a la luz del día de aquellas arraigadas figuras, a la manera del levantamiento de una

represión. Nada justifica clínicamente esa concepción, que se condena a no registrar un hecho nuevo que se está produciendo por primera vez en beneficio de la demasiado habitual reificación o sustancialización del "inconsciente", que solo atina a interpretar las cosas invariablemente en términos de las viejas categorías aristotélicas del acto y la potencia. Este fenómeno de pasaje podría confirmar ese poco, ese poquito de umbilicación que no deja de conectar –un poco- estas dos modalidades enfermas de la repetición vuelta o degenerada en *compulsión* de repetición. Desde hace un tiempo, bastante largo ya, vengo proponiendo esa distinción entre la repetición a secas como principio digamos "metapsicológico" del funcionamiento subjetivo hacia una derivación en modalidades patológicas en tanto toda involucración de lo compulsivo afecta o limita la producción de diferencia que la repetición a secas en cambio normalmente asegura.

En ese mismo orden de cosas otro pacientito transformó un andar de dos autitos, monótono y sin paisaje, en una carrera en la que no solo competíamos él y yo, pues ya no manejaba él ambos, dándome lugar a mí, cosa imposible hasta poco tiempo antes; sino que además aceptaba nombrarlos con nuestros propios nombres, identificarlos con nosotros. Ante una intervención o interpretación de esta clase él antes argüía que eran autos, no personas, rechazando tanto el desplazamiento como la eventual metaforización. Por otra parte, y poco a poco, la carrera se fue volviendo un juego reglado, con normas puestas por nosotros, siendo esta invención de reglas una parte sustancial del juego, a diferencia de lo que hacen muchos analistas cuando colocan la regla o la ley fuera de juego, en especial cuando padecen una extracción lacaniana (o mejor sería tal vez escribir "lacaniana"). Lejos de emanar del padre la regla o la ley o la norma o la pauta surge de un *entre* colectivo. Solo en posición paranoica se vive tal proceso como saliendo de otro, con un tamaño de mayúsculas que aumenta a medida del tamaño de la paranoia en cuestión.

Haciendo eco a los ingredientes autistas en las obsesiones clásicas corresponde situar otro punto, por lo general ignorado o desapercibido. Digo del componente parasitario secreto en el niño autista por debajo de su aparente indiferencia, y las más de las veces dirigido a su mamá. Al tiempo que aislado y deshumanizado se comporta como *perteneciente* al campo y al cuerpo de la madre. Escribí *parasitario* y no *simbiótico* como mal se conceptualiza ordinariamente, solidarizándome con una justa observación crítica de Sami-Ali desacordando con el error de aplicar un término por otro: la simbiosis designa, desde el campo biológico, un proceso sano en que todos los en ella envueltos se benefician pudiendo vivir y crecer, realizando el proyecto de su especie, en tanto que en el parasitismo alguien se nutre a expensas de otro que resulta vastamente perjudicado, al extremo de morir. Agregaría que en el orden humano de la subjetividad

hay una variante crucial, que consiste en que todas las partes comprometidas en el proceso de parasitación se ven perjudicadas más o menos seriamente, como lo comprobamos en esos pactos implícitos de no crecer juntos que localizamos en ciertas parejas de diverso tipo.<sup>5</sup>

Con su concepto de *mentalización* Winnicott amplió la consideración demasiado estrecha de neurosis obsesiva, no demasiado ensanchada cuando se lo reemplaza por el trastorno obsesivo compulsivo. Aquellas formaciones, llamémoslas así o asá, son interiores al campo más vasto de la *mentalización*; una incursión por Lacan nos beneficia aclarando un punto que Winnicott deja oscuro y que es el que tal *mentalización* consiste antes que nada en un rígido principio que Winnicott, en otra página desligada de este problema, había designado como la obligación de tener "palabras para todo": se trata pues de una *mentalización* hiperverbalista, aún cuando el sujeto se debata consigo mismo, todo, pero lo que se dice todo, debe pasar ineludiblemente por la palabra, emitida o silenciosa. Sobre esta base se apoyan las otras características que Winnicott supo destacar muy bien, como la catalogación permanente del medio y el exceso de percatación, visiblemente facilitado por aquella propensión a verbalizarlo todo, como pretendiendo no dejar nada por afuera del lenguaje. Todos estos rasgos pueden estar muy activos sin necesidad de formaciones obsesivas propiamente dichas.

La pregunta es hasta qué punto muchas particularidades del autista no caben dentro de dicha *mentalización*, por más que no sea tan seguro que las acompañe siempre un continuo *basso continuo* de lenguaje, reemplazándolo en ocasiones una hipertrófica actividad perceptiva dedicada al control y en particular al control de que cosa alguna pueda funcionar a la manera de un acontecimiento. De ser así, la *mentalización* afectaría a formaciones obsesionales más ligadas a las tradicionales neurosis y a las obsesividades gélidas de las prácticas autistas, con diferentes matices y particularidades. Nunca debemos olvidar la diferencia entre una política dedicada a dominar el deseo de otra política dedicada a eliminar el deseo –en verdad el *desear* como elemento capital del existenciar humano, el *desear* como acto más que como tal o cual deseo sustantivado- o a regirse por un deseo negativo, como cuando un chico aparta la mirada del rostro ajeno o cierra sus oídos a la música de la voz humana más familiar. Entre ambas posiciones, todo tipo de transiciones que llegan a lo indecible.

También podríamos subrayar la diferencia señalada arguyendo que un obsesivo de los típicos quiere hacer las cosas *bien*, en tanto el autista típico las quiere hacer *igual*.

---

<sup>5</sup>- Sami Ali, *El espacio imaginario*, Amorrortu, 1982.

Un pacientito autista me aguarda siempre con su madre en la sala de espera hasta que lo hago pasar. Sólo que una vez la urgencia lo lleva al baño antes que nada y yo me tropiezo con él a la salida, invitándolo entonces a pasar al consultorio salteándose la rutina de asomarme a la sala de espera. Con bastante sorpresa –porque ya hace mucho que viene y ha mejorado considerablemente- veo como la angustia se pinta en sus ojos: “No! No! Así no!”. No aceptando esta variante espontánea pretende regresar junto a su madre para desde allí reiniciar todo haciéndolo “bien”, vale decir *igual*. Se desprende claramente del episodio la mentalización que preside sus actos y regula sus intercambios posibles. En cambio, un joven paciente fértil en síntomas difiere su entrada al consultorio hasta no asegurarse de que no le acometerá al ingresar ningún pensamiento “sucio” hostil al analista; dicho de otra manera, para él se juega el entrar *bien*, como alguien *bueno*, libre de retornos de lo reprimido. Al mismo tiempo ambos comportamientos se superponen en cuanto a cierta mecánica de los actos y de los ritmos, a cierta postergación de las decisiones más *musculares* en beneficio de un imperio de la mente, limpiadora u homogeneizadora. La espontaneidad queda atacada por igual en ambas posiciones.

Por lo demás el clásico paciente obsesivo también dispone de *figuras* atenuadas en su presentación por su articulación a pequeños relatos, como por ejemplo el apagado de luces y de llaves para evitar catástrofes que llegan a visualizarse en la imaginación. De todos modos la temperatura elevada por la erotización impone distancia entre ambas presentaciones: el fuego del incendio simboliza pasiones de amor y de odio profundamente ajenas al universo experiencial del niño autista o del paciente no autista pero con ostensibles barreras de este tipo. El vacío de relato coagula las figuras autistas en un desierto emocional no fácilmente replicable por quien no comparta nada de tales procedimientos.

Pensamos que un rédito clínico de esta umbilicación que proponemos es sensibilizarnos, para empezar, a cierto fondo autista en muchas formaciones que hoy se abrevian llamándolas TOC; toscamente expresado, como si en el fondo del fondo obsesional pudiéramos encontrar una zona glacial de deshumanización autística, que luego es tomada por cuenta de los trabajos de la pasión y su represión pero no sin dejar algo de huella. La conocida rigidez en las actitudes hipermentalistas, afectadas o no por neurotizaciones obsesionales, es la marca por excelencia de procedencia autista de todos estos fenómenos que apuntan a la inmovilidad ritualística de la repetición. El verdadero rígido, en particular, es alguien que ha atrofiado su responsividad afectiva; estos procesos que cursan en atrofia deben llamar más nuestra atención, pues contradicen la

suposición de algo que se mantendría vivo a pesar de la represión, un juicio quizás demasiado optimista de Freud en su momento, que no consideraba la eventualidad de que una represión demasiado prolongada y sostenida en el tiempo terminara por atrofiar las capacidades lúdicas y afectivas de una persona, como otra modalidad del *hardening*. En este sentido, a mayor detección de barreras autistas en actividad, mayor posibilidad de endurecimiento y de atrofia emocional e imaginativa. Como si dijéramos que un riesgo mayor de las obsesionalidades es el de autistizarse, claro que solo hasta cierto punto. La vida en piloto automático acaba por perder sentido a expensas de ganar en uniformidad como de superficie, atendiendo a mi atención a la función superficie hace ya muchos años, que me llevó a prestar consideración a un sinfín de prácticas y juegos de embadurnamiento, de fabricación de extensiones sin solución de continuidad, las verbales inclusive.<sup>6</sup> El mismo énfasis del niño autista en fijarse a objetos que pasan a llamarse como él es otro índice de la importancia que cobra también en él este principio tranquilizador y reasegurador de una uniformidad ininterrumpida, que restituye o cura a su manera o es tentativa de curación de agujereamientos tempranos, sean de origen predominantemente genético o histórico. Las dos grandes modalidades de obsesión que venimos cercando tienen muy en común su afición a todo lo que pueda constituir superficie sin fisuras, para pensar así la fisura que supone un pensamiento "malo" que vuelve de lo reprimido o un aunque fuere un pequeño acontecimiento disruptivo que no permite la prosecución sin desmayos de un curso de acciones estereotipadas con tendencia a variación cero, la mínima variación aquí rompe amenazantemente la fluidez de una continuidad absoluta. Ninguna corriente musical gustaría tanto al autista como la minimalista, tan parca con las variantes, aún las más quasi insignificantes. El talón de Aquiles inevitable, claro, es el hecho ineliminable de la serie, que hace divergir una iteración de otra según sea la séptima o la vigésima vez. Es de advertir que la subjetividad actuante aquí neutraliza esa serie pasando a considerar cada repetición como la misma repetición de antes, jugándose a eliminar la secuencia como tal. En efecto, no es lo mismo una repetición repitiéndose nueve veces que pensar las cosas como que hubo nueve repeticiones.

Por motivos, en parte distintos, ambas formaciones comparten su recelo ante lo *animado*, en tanto lo animado se mueve sin su permiso y sin su previsión de curso; ambas respiran con alivio en contacto con lo inanimado o pretendidamente tal. Como si pensáramos en una casa tal como se la muestra en una bella revista de decoración de

---

<sup>6</sup>- En *El niño y el significante*, Paidós, 1989, principalmente destinado a terminar con el mito psicoanalítico del "fort/da" como "primer juego" de los niños, aserción basada exclusivamente en la fetichización de una interesante observación freudiana. Por esta vía inventarié una serie de juegos típicos del primer año de vida entre los cuales los de hacer superficies ininterrumpidas ocuparon un lugar muy relevante.



interiores, perfecta en su composición de estilo, pero además perfecta sin el ruido de la gente que la habitara, gente que ensuciaría o mancharía, o cambiaría las cosas de lugar sin orden ni concierto, estropeando el silencio y la inmovilidad que se percibe en la fotografía decorativa. Un ideal de bomba neutrónica. Las condiciones que pone la obsesionalidad pueden parecer menos tajantes, bastante menos radicales: un hombre comenta como se sobresalta y molesta cuando su mujer lo busca, mientras que todo anda bien para él cuando es él quien inicia la apertura de la búsqueda amorosa. No es tanto ni mucho menos que el contacto sexual per se le resulte absolutamente ajeno. Pero la tiranía de aquello que se podría relativizar como actitud controladora tiene raíces más profundas de lo que se supone cuando logramos ahondar en la situación, ya que conducen a la inanimación relativa de su pareja, que debería portarse, renunciando a toda iniciativa espontánea, en camino hacia la muñeca inflable. En otro paciente, barreras de este orden le hacen preferir abiertamente el contacto con prostitutas, pagar no juega aquí en el sentido de un elemento del juego erótico, en cambio juega como extirpación de todo juego haciendo de la sexualidad un trámite de "descarga". Idéntico origen mecanicista en su práctica y en la noción psicoanalítica clásica, como señalando una armonía de fondo entre el positivismo y las tendencias autistas. (Una observación para tener en cuenta al evaluar la pertinencia de introducir procedimientos de amaestramiento rotuladas inofensivamente como de adquisición de "habilidades sociales").

Por otra parte, la mayor habilidad del autista para todo lo que sea conectivo y no narrativo nos advierte en primer término de límites del psicoanálisis clásico, centrado en lo narrativo. La introducción de lo inconsciente no basta para descentrar esa centración en lo narrativo y la entonces perentoria necesidad de ampliar su perspectiva teórica, y en segundo término la importancia que puede cobrar todo lo digital para la terapéutica y más allá de ella para la vida en general de estos pacientes, niños o no. Es todo un indicador la afición a contactos virtuales como principal sino única vía de contacto con otros en tantas personas en las que de un modo u otro se detectan barreras o caparazones menos visibles que los que Tustin nos hizo fácil reconocer. Ambas cuestiones se enlazan entre sí dada la cierta resistencia que en el mundo psicoanalítico encontramos respecto de la digitalización, su impacto en la subjetividad, las alteraciones que propone o permite en el mismo formato del tratamiento corriente, y otras aún por esclarecerse pero que tienden a ser interpretadas como *pérdidas* desde el punto de vista de una realización deseable de lo humano que el psicoanálisis debería afianzar o ayudar a que se efectivice. Interpretación nostálgica, que nos aleja de los más chicos y de los más jóvenes. La artesanía no excluye la electrónica.

Por un sendero o atajo clínico hemos intentado aproximarnos al corazón del ritual. El ritual organiza y da sentido a la insistencia *porque sí* de la repetición –y esto en cualquier plano en que se lo considere, antropológica o psicoanalíticamente, individual o de grandes grupos, a la vez que la repetición es el corazón sin sentido, pero *rítmico*, del ritual. En la medida en que se cumpla acabadamente el ritual siempre termina *bien*. Por su lado, la compulsión de repetición siempre termina *mal*. La repetición, como principio musical de la vida anímica, nunca termina: de hacerlo, terminaría (con) la diferencia.

**BIBLIOGRAFÍA**

Rodulfo, R. (2004). *"El psicoanálisis de nuevo. Elementos para la deconstrucción del psicoanálisis tradicional"*. Primera parte. Eudeba. Bs. As.

Tallis, J. (Coordinador). (1987). *"Autismo infantil: lejos de los dogmas"*. Mino Dávila. Bs. As.

Tustin, F. (1989). *"Barreras autistas en pacientes neuróticos"*. Amorrortu. Bs.As.

\_\_\_\_\_. (1996). *"Estados autísticos en los niños"*. Paidós. Bs. As.

Winnicott, D. (1996). *"Naturaleza Humana"*. Paidós. Bs. As. 1996